

Das Obras, Das Thesis

"Le Démon de Midi" y "Lazarine"
de Bourget



"Il y a un grand enseignement dans cette histoire. Comprenons-bien. C'est la clef de tant d'énigmes, le mot de tant d'intelligences, de tant de destinés. Cet enseignement c'est qu'il faut vivre comme on pense, sinon, tot ou tard, on finit par penser comme on a vécu".

Con estas palabras termina la novela que señala la plenitud literaria y espiritual de Bourget: "Le Démon de Midi".

Uno de los salmos milenarios de versículo misterioso: "

la Liturgia católica, contiene este versículo misterioso: "No temerás a la flecha que vuela durante el día, ni a la pestilencia que vaga en las tinieblas, ni al demonio meridiano"

Ese demonio que acecha en la mitad de la carrera, nuestro autor lo traduce como la tentación de la madurez: "extraño vértigo", según él la llama, que se apodera del hombre en el cenit de su vida y lo arrastra hacia la tentación del orgullo, sea intelectual o moral, o hacia el despeñadero de los sentidos.

Dos son los tipos humanos, fuertemente delineados que Bourget ha elegido para ejemplificar su tesis: Louis Savignan y el Abate Fouchon, ambos inteligentes probos, sólidamente cristianos, ambos caídos en la celada del demonio de mediodía, y ambos redimidos al fin, pero sólo a costa de

sangre, lágrimas y sufrimientos increíbles.

Para Louis Savignan la tentación acecha en el camino de su corazón, y lo que empezó siendo un puro amor juvenil, se degrada en una vulgar historia de adulterio.

En cuanto al Abate Fouchon, extraviado por su orgullo de erudito, consciente de la superioridad de su vida intachable, desconocedor del mundo, al cual sólo ha visto a través de los libros, cae en la herejía y apostata.

Sin embargo hay una fundamental diferencia en la base de estas dos tragedias morales, y claramente las señala Bourget en el último capítulo de su obra. El Abate Fouchon se extravía, pero yerra de buena fe; cede al orgullo, pero con sinceridad; se despeña, pero con los ojos cerrados.

Savignan, en cambio, cae en plena lucidez, prevé el peligro y no se defiende, chapotea en el pantano con entera conciencia, de ahí la gravedad infinitamente mayor de su caída. Es la misma diferencia que hay entre la negación de Pedro, arrancada en un instante de cobardía y el frío, el meditado, el bien calculado beso de Judas.

Un inesperado desenlace viene a cortar el nudo de la intriga: Jacques, único hijo de Savignan muere en un trágico incidente tratando de salvar el

honor paterno. Alrededor de ese lecho mortuario donde se consuma ese misterioso sacrificio del inocente, prolongación del Calvario, redentor y expiatorio como aquél, se reúnen los personajes de la novela, y el estertor del jovencito moribundo: "A todos perdono... ofrezco mi muerte para que tú, papá, vuelvas... para que Ud. Abate Fouchon vuelva... por todos", es el comienzo de su resurgimiento moral.

Fouchon, asesino involuntario, se retracta de sus errores y sepulta en la Trapa su vida penitente. Savignan en cambio, destrozado de dolor y de remordimiento no encuentra en el fondo de su alma una plegaria, un solo movimiento de fe. "La gran luz no se ha apagado, pero está velada para mí", afirma. Y mientras en la lejanía entrevé la esperanza de su retorno, el presente queda oscuro y doloroso, porque "el que se deja llevar a una vida opuesta a sus convicciones, acaba por pensar de acuerdo a su vida".

"LAZARINE"

Bourget amaba particularmente el tema del dolor. Esa existencia, esa inevitabilidad del sufrimiento, que ha servido a tantos de argumento para negar a Dios llega a alcanzar proyecciones grandiosas a la luz del pensamiento cristiano.

Al explicarse, al justificarse, al ocupar su verdadero lugar en el plan del Creador, el dolor se embellece, se magnifica, se transfigura, hasta ser inteligible aquella frase de la Santa de Avila, que pedía al Señor "o sufrir o morir".

Dolor, trabajo y muerte, frutos del pecado, son los tres ángeles sombríos que esperaban en la puerta del Jardín a los primeros hombres, después de su destierro. Y, desde entonces, ellos han sido los severos custodios de

la humanidad.

En la antigua ley, el dolor era esencialmente expiatorio: "¿Por qué ha quedado ciego este hombre? es por sus pecados o por los de sus padres?" preguntaban los fariseos a Jesús.

Pero, con el advenimiento de la fe cristiana, cobró un nuevo sentido de elevación infinitamente mayor. Es en el Calvario donde el dolor, entre los dos leños sangrientos aprendió a **redimir**. Más hizo Cristo en tres horas de cruz, que en tres años de vida apostólica; "Deus regnavit a ligno", el Señor sólo reinó desde el madero.

Unos años después de la muerte de Cristo, las primeras cristiandades griegas leían en las fogosas epístolas de Pablo: "Completo con mi sufrimiento, lo que faltaba a la pasión del Señor". Es la doctrina llamada "del cuerpo místico de Cristo": siendo el cristiano miembro del Salvador ("Yo soy la vid, vosotros los sarmientos") incorporado a Su vida por la gracia que lo hace hijo adoptivo del Padre, sus dolores son en cierto modo, divinos y, como tales, redentores.

En la última cama de un hospital campesino hay talvez en este momento un alma cristiana que ofrece al Padre sus sufrimientos en unión con los de Jesús: ella también redime, salva, convierte.

Al concepto católico del sufrimiento redentor, se alía estrechamente el gran dogma de la Comunión de los Santos, de esa inmensa corriente de amor, deméritos y de plegarias que fluye sin cesar entre la población del cielo y la de la tierra fecundando y vivificando las almas, como la savia de un árbol gigantesco alimenta por igual hasta los más pequeños y distantes retoños.

Nuestro dolor ofrecido e incorporado a la corriente de gracias, puede así ir

a beneficiar a toda clase de almas: desde la cercana y amada hasta la más remota que espera, a la sombra de una pagoda o de un minarete la llegada de la "hora de Dios".

Todo sufrimiento se hace, de este modo, útil, redentor y saludable: el dolor pierde su amargura y —lo que es más— cobra un sentido profundo y noble.

Hé aquí lo que hay en el fondo de la tesis de "Lazarine", novela de guerra, en la cual Bourget contrapone dos personajes femeninos opuestos e interesantes. Lazarine, la joven cristiana, lo bastante enérgica para no ser el convencional tipo "angélico", con su bondad inteligente y serena, consigue convertir al protagonista.

Teresa, la mujer extraviada es uno de los tantos tipos decadentes que el autor sabe trazar con maestría: sin voluntad ni sentido moral, es apenas una sensual ávida de extremecimientos nuevos.

Entre ellas, Robert Graffeteau es un caso típico de otro problema psicológico que Paul Bourget gustaba de plantear: el de la multiplicidad del Yo. Atribuye nuestro autor a las circunstancias o al atavismo, el poder de hacer surgir en nuestra alma un nuevo Yo irreconocible; esta fuerza baja debería ser reconquistada por la parte

Hogar de la Juventud

Deportes, Estudios, Juegos

En la Sede Central: Perú 555

U. T. 34 - 1671

Cancha de pelota, Salón de: Música, Ping-Pong, Biblioteca, Salón de té.

CURSOS de Dactilografía, Taquigrafía, Inglés, Francés, Gimnasia, Primeros Auxilios, Labores, Cocina, etc.

EN EL CAMPO DE DEPORTES: La Lucila F. C. C. A. Rawson 2795, U. T. Martínez 2146 — Cancha de Tennis, Basket, Pista de Patinaje, etc. Almuerzo, Té

¿QUIERES HACERTE SOCIA?

Cuota de Ingreso \$ 2.—; Cuota Mensual \$ 0.50 y \$ 0.50 complementarios por derecho a concurrir al Campo de Deportes

TE PUEDES INSCRIBIR EN LA SEDE CENTRAL DE 16 A 20 Hs.

noble del alma. Pero a veces no sucede así, y de allí esas oscilaciones dolorosas, esas inexplicables debilidades en caracteres como el de Graffeteau.

Un rudo sacudimiento psíquico puede transformar esa alma, aplastando definitivamente el Yo inferior: así obra la caridad y la energía moral de Lazarine en la rehabilitación del héroe.

La obra termina triste pero serenamente: los personajes ya no rehuyen el dolor lo aceptan. Y, porque son cristianos, el dolor se hace soportable para ellos: han descubierto su sentido profundo.

Celia Velasco Blanco

Clary

Flores Naturales
Pueyrredon 1100